

LIBROS

Flanagan, Owen, *Consciousness Reconsidered*, Cambridge, Mass., The MIT Press, Massachusetts Institute of Technology, 1992, 234 pp.

Searle, John, *The Rediscovery of the Mind*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1992, 270 pp.

Después del apogeo del conductismo y con el desarrollo del cognitivismo se produce en el ámbito de la filosofía de la mente y de la filosofía de la psicología un resurgimiento del estudio de la mente, resurgimiento que, sin embargo, no fue acompañado por un retorno de la conciencia. Antes bien, el cognitivismo se caracterizó por lo que Flanagan llama el inesencialismo de la conciencia. Parecía posible explicar ciertos aspectos de la mente —en particular la competencia cognitiva— sin necesidad de comprometerse con la conciencia, noción esta última que parecía no poder integrarse en el marco de una ciencia natural objetiva.

En los últimos años la noción de conciencia ha reaparecido y hoy ocupa un lugar de privilegio en la filosofía de la mente. Para justificar esta afirmación basta echar una mirada a los títulos de los últimos libros publicados en el ámbito de esta temática. Me ocupó aquí de dos de ellos pero podrían nombrarse muchos otros. Así W. Lycan publica en 1987 *Consciousness*, Paul Churchland en 1988 *Matter and Consciousness*, D. Dennett en 1991 *Consciousness Explained*, C. McGinn también en 1991 publica *The Problem of Consciousness*, en 1993 M. Davies y G. Humphreys editan una compilación titulada *Consciousness*, etc.

Tanto Flanagan como Searle reconocen explícitamente el carácter central de la conciencia en una adecuada explicación de la mente dentro del marco de la ciencia natural y coinciden en sostener que un análisis de los estados mentales conscientes en términos de sus sustratos neurales no agota la naturaleza de los mismos. Además de una teoría de la realización neurofisiológica, un análisis de la conciencia —si pretende ser adecuado— deberá incluir una descripción de sus “aspectos fenomenológicos” en términos de Flanagan o de su “subjetividad ontológica” en términos de Searle.

Flanagan defiende en *Consciousness Reconsidered* una concepción “naturalista constructivista” de la conciencia. La conciencia es un fenómeno natural: los procesos mentales conscientes son procesos cerebrales que como tales pueden ser estudiados desde la perspectiva de la tercera persona por una ciencia natural y objetiva. Pero nuestra vida mental consciente tiene un lado subjetivo y fenomenológico. Una teoría de la conciencia, si pretende ser adecuada, no puede sino dar cuenta de ambos aspectos. Por ello, Flanagan intenta ofre-

cer una teoría de la conciencia que concilie ambos órdenes y que explique el hiato entre el modo en que la conciencia se revela a sí misma desde la perspectiva de la primera persona y el modo en que puede ser descripta desde un punto de vista objetivo.

La estrategia adecuada es, a juicio de Flanagan, lo que él llama “método natural” (capítulo 1.5) que incluye tres niveles de análisis: el fenomenológico, el de la psicología cognitiva y el de la neurociencia. Sólo un apropiado equilibrio entre estos tres niveles hará posible una completa comprensión de la conciencia.

En el primer capítulo, el autor ofrece un mapa del “espacio filosófico” de las distintas posiciones que se han sostenido y sostienen con respecto al problema de la conciencia. Presenta, además, las razones por las que, a su juicio, el resurgimiento del tema de la mente en el cognitivismo no fue acompañado por el resurgimiento de una teoría de la conciencia.

En el capítulo 2, Flanagan argumenta a favor de la existencia de la conciencia y discute dos intentos de negarla. Ambos intentos se apoyan en analogías que, a su juicio, no son apropiadas —con el flogisto en un caso y con el Karma, en el otro—.

En el capítulo 3, Flanagan propone, como una inferencia a la mejor explicación, una hipótesis acerca del origen y evolución de la conciencia y acerca de su lugar en el orden natural. La hipótesis más plausible es que la mente es el cerebro y que éste es una “máquina darwiniana”, que involucra, en todos sus niveles, procesos análogos a los involucrados en la selección natural.

La noción de *qualia* es discutida en el capítulo 4. En abierta polémica con Dennett, Flanagan explicita sus razones en favor de la necesidad de admitir *qualia* y analiza críticamente los ya clásicos argumentos en contra de ellas.

Sostiene, además, el carácter cualitativo no sólo de los estados mentales sensoriales sino también de las actitudes proposicionales y de este modo, distingue un sentido estrecho (*narrow*) y un sentido amplio (*wide*) del concepto de *qualia*.

El tema de la subjetividad ocupa el capítulo 5. Que hay algo que es cómo ser el sujeto de experiencia no parece una afirmación controvertible. Pero, ¿es posible, desde una perspectiva naturalista, entender cómo es ser (*what it is like to be*) un sujeto de experiencia distinto de uno mismo? Flanagan discute la siguiente alternativa: o el naturalismo es un punto de vista que no entendemos o lo entendemos pero no puede ofrecer una explicación constructivista de la subjetividad. Ambas afirmaciones son, a juicio de Flanagan, igualmente falsas. Flanagan ofrece algunas razones y argumentos que lo llevan a sostener que la subjetividad no es impenetrable y que una perspectiva naturalista es capaz de explicarla aun mejor que otras alternativas. En este capítulo sus interlocutores son Nagel, McGinn y Jackson.

En el capítulo 6, el blanco de su ataque lo constituye el llamado “nuevo misterinismo”, “naturalismo noumenal” o “naturalismo anticonstructivista”, cuyo representante es McGinn. Aunque el naturalismo es verdadero, sostiene McGinn, el problema de la conciencia es y seguirá siendo “eternamente”, para nosotros, un misterio impenetrable. En este capítulo, Flanagan ofrece respuestas a los argumentos de McGinn en contra de la posibilidad de un naturalismo constructivista. En rigor, todo el libro es, como el mismo Flanagan lo dice en el prefacio, una respuesta al naturalismo noumenal de McGinn pues, en definitiva, su autor trata “de mostrar que una teoría constructivista de la conciencia no es meramente posible sino que, en ciertos respectos, es ya algo real”.

En el capítulo 7, Flanagan argumenta en contra de dos tesis. Una de ellas —la tesis del “inesencialismo de la conciencia”— se inspira en los funcionalistas computacionales para quienes la conciencia no es metafísicamente esencial a la hora de dar cuenta de la mentalidad inteligente. La otra es la tesis sostenida por el epifenomenalismo según la cual, aunque la conciencia existe, no juega ningún rol funcional en la vida mental.

Los capítulos 8 y 9 constituyen una reflexión y una defensa del análisis ofrecido por W. James en 1890 en su libro *The Principles of Psychology*. En el 8 examina la idea de la conciencia como un “fluir” o como una “corriente” (*stream*) de estados mentales. Defiende esta manera de visualizar la conciencia frente a la tesis de Dennett según la cual uno de los rasgos más interesantes de la conciencia es su “arquitectura en paralelo” (*parallel architecture*) y su discontinuidad —aun cuando fenomenológicamente se nos presente como un fluir continuo—.

En el capítulo 9 discute la ilusión de un “yo” como algo que está más allá y detrás de toda experiencia consciente y que constituye su condición de posibilidad. Por el contrario, y siguiendo a James, Flanagan sostiene que el “yo” es un *constructo* a partir de los hechos y que emerge desde la experiencia.

En el capítulo 10, Flanagan examina cuestiones relativas a la autoconciencia, a la emergencia y construcción del yo y a la identidad personal.

Por último, en el capítulo 11, Flanagan se pregunta si es posible una teoría unificada de la conciencia dada la heterogeneidad que, se dice, muestran los fenómenos agrupados bajo el nombre “conciencia”. Su respuesta es afirmativa. En realidad, esa heterogeneidad, sostiene, es sólo aparente. Todos los eventos mentales conscientes involucran “awareness” y comparten la propiedad de ser algo que es como estar en uno de esos estados. De modo que ellos constituyen un conjunto perfectamente acotable y distinguible de fenómenos naturales que requieren una explicación.

Searle en *The Rediscovery of the Mind* pretende romper una falsa alternativa supuesta en la actual filosofía de la mente. Según ella, en la discusión a propósito del problema mente-cuerpo, o se sostiene un punto de vista materialista que admite una explicación científica del mundo o se apoya alguna versión dualista que no admite tal explicación, antes bien acarrea consigo elementos misteriosos cargados de misticismo y religión. Dicha alternativa se origina, a juicio de Searle, en un prejuicio larga y fuertemente sostenido según el cual una visión del mundo enteramente física, y por lo tanto objetiva y científica, es inconsistente con el punto de vista que admite que la realidad contiene, además de lo material y físico, estados mentales subjetivos y conscientes y que estos últimos son tan reales e irreductibles como cualquier otra cosa en el universo. Searle defiende un punto de vista según el cual la ciencia normal puede acomodar "la subjetividad ontológica" de la conciencia junto a una "ontología objetiva".

A juicio de Searle, la pretensión materialista según la cual dar una explicación científica del mundo exige excluir cualquier referencia a fenómenos mentales subjetivos colapsa con nuestras intuiciones más básicas acerca de nuestra propia vida mental. La preocupación de Searle es, precisamente, ofrecer una adecuada explicación de lo mental que sea coherente con una visión materialista del mundo —visión que él mismo sostiene— y que, al mismo tiempo, dé cuenta y recoja nuestras intuiciones acerca de lo mental.

Los tres primeros capítulos constituyen la parte esencialmente crítica del libro. En ellos Searle presenta la situación actual de la filosofía de la mente. Un examen rápido de esta situación permite advertir en ella dos tradiciones que Searle se propone criticar y superar: el dualismo y el materialismo. En particular se ocupa de este último por ser actualmente la posición dominante. Su propio punto de vista, dice, no encaja en ninguna de ambas tradiciones. Advierte insistentemente contra la falsa suposición de que dualismo y materialismo agoten los posibles puntos de vista sobre la cuestión.

Antes de asumir una actitud crítica, Searle comienza por exponer los elementos y las tesis básicas del materialismo: su actitud hacia la conciencia, su concepción metafísica y sus presuposiciones metodológicas. Identifica siete proposiciones que constituyen los fundamentos del "materialismo moderno" e intenta mostrar que cada una de ellas es "al menos falsa". Presenta, además, los factores históricos que, a su juicio, explican la representación errónea que el materialismo tiene de sí mismo como la única alternativa científicamente aceptable frente al dualismo tradicional.

En el capítulo 2, Searle examina brevemente la historia reciente del materialismo. Ella permite advertir que son los mismos patrones argumentativos

que se repiten una y otra vez y se repiten en los mismos términos y con las mismas categorías con las que el cartesianismo inauguró el debate. En este sentido el materialismo, a juicio de Searle, hereda las mismas dificultades del dualismo que pretende superar.

En el capítulo 3, Searle presenta algunos experimentos mentales con el propósito de examinar las relaciones entre conducta, cerebro y conciencia. La conducta, concluye, es irrelevante respecto de la naturaleza de lo mental y, por lo tanto, no puede constituir la única vía de acceso cognitivo a la existencia de otras mentes.

En los siguientes tres capítulos Searle ofrece sus propios puntos de vista con respecto a la naturaleza de la conciencia.

El objetivo del capítulo 4 es ubicar la conciencia dentro de nuestra concepción científica del mundo. La conciencia debe ser explicada, a juicio de Searle, dentro del marco de la teoría atómica de la materia y de la teoría evolutiva de la biología. La conciencia es así un rasgo biológico de ciertos organismos exactamente en el mismo sentido en que lo son la fotosíntesis, la mitosis o la digestión.

Que la conciencia sea un rasgo biológico de ciertos organismos no invalida, según Searle, la tesis del carácter irreductible y esencialmente subjetivo de la conciencia. En el capítulo 5, Searle se propone mostrar, precisamente, por qué la conciencia es, a su juicio, un rasgo irreductible de la realidad física. Para ello examina los diferentes sentidos en que suele entenderse la noción de reducción.

En el capítulo 6, Searle describe las características estructurales de la conciencia normal (unidad, intencionalidad, subjetividad, familiaridad, figura y fondo, etc.) y se pronuncia en contra de tres tesis ampliamente aceptadas (todo estado consciente es autoconsciente, la conciencia es conocida por introspección y el conocimiento introspectivo es incorregible).

Lo inconsciente y su relación con la conciencia constituyen el tema del capítulo 7. Searle se propone elucidar la noción de estado mental inconsciente y lo hace recurriendo al "principio de conexión". Principio según el cual la noción de un estado mental inconsciente implica accesibilidad a la conciencia.

En el capítulo 8, Searle retoma el concepto de *background* que había desarrollado en *Intentionality* y analiza su relación con la conciencia y la intencionalidad.

En el capítulo 9, Searle asume nuevamente una actitud crítica pero ahora dirigida no hacia el materialismo —como lo había hecho en los primeros capítulos— sino hacia el paradigma dominante en la ciencias cognitivas. Caracteriza al cognitivismo como el punto de vista según el cual el cerebro es una computadora digital y señala cuatro dificultades implicadas en esta posición:

la sintaxis no es una propiedad intrínseca de lo físico, la falacia homuncular es endémica al cognitvismo, la sintaxis no tiene poderes causales y el cerebro no procesa información.

Por último, el capítulo 10 reproduce, en gran parte, un artículo aparecido en *Behavioral and Brain Sciences* en 1990, 13, pp. 585-642, con el título de "Consciousness, Explanatory Inversion and Cognitive Science" que fue objeto de discusión por parte de importantes filósofos y cognitivistas. (Esta polémica, incluidas las respuestas de Searle a sus objetores, aparece publicada en el mismo número de dicha revista pero no en el libro.) En este capítulo Searle analiza algunas consecuencias de su posición en filosofía de la mente. Vuelve sobre el principio de conexión en términos del cual elabora sus críticas a la noción de inconsciente tal como es elaborada por los cognitivistas. La tesis cognitivista según la cual estados mentales inconscientes e inaccesibles a la conciencia permiten explicar nuestras capacidades cognitivas es en sí misma, a juicio de Searle, incoherente. Sugiere, por último, una inversión de los modos explicativos de las ciencias cognitivas, una inversión análoga a la que la biología evolutiva impuso sobre los modelos animísticos predarwinianos. (Nora Stigol)